

Don Niceto Alcalá Zamora durante su discurso en la plaza de toros de Madrid

De la cárcel a la presidencia de la República

UNA VOZ DE ORADOR

DESDE el despacho en que aguardamos unos instantes, llega el rápido tecleo de una máquina. Llega intermitente aprovechando las pausas, los silencios que deja una voz clara, sonora, limpia: una voz de orador.

La voz humana, como tantas cosas, tienen una personalidad. A veces, esta personalidad no concuerda con la de su poseedor. No importa. Aunque el individuo no sea coronel, ni actor, ni cantante, ni hombre de campo, ni de iglesia, la voz sí lo es; acaso el individuo sea un coronel frustrado, un clérigo en espíritu, un actor que no pudo encontrar su camino; la voz no tiene la culpa; la Naturaleza no se ha equivocado, es el individuo quien no supo escuchar su voz interior, alma de su voz física. Y esta voz que canta en el despacho contiguo, es voz de orador, aunque no fuera la del señor Alcalá Zamora.

Pero lo es. Y transcurridos unos instantes, la voz está frente a nosotros, sonora, limpia, cordial, lenta y deletreante. Porque esta voz está tan disciplinada, tiene una esencia tan pura de oratoria,



que no ya en la conversación, sencilla y campechana, sino en el silencio de la meditación, continúa su obra de perfección, deletreando los pensamientos, lanzando las palabras perfectas, letra a letra, sílaba a sílaba, pulidas, brillantes, irisadas, fulguradoras, construidas con el más exquisito esmero.

Tal es la fuerza, tal es el impulso de esta voz que, a pesar de que el individuo, el dueño de ella, quiso equivocarse, no pudo. La voz tiró de él, se impuso, señaló el camino, lo elevó en su carrera, lo destacó a los ojos de la nación y luego, cuando ya parecían satisfechas todas las ambiciones, aún pidió, aún exigió más. Y el hombre dió unos pasos, giró sobre sus talones y quedó instantaneamente frente a sus posiciones de antaño. Todo tan natural, tan sin esfuerzo, tan sencillo, que fué como si siempre hubiera estado donde está.

Era la voz. Fué la voz que necesitaba pueblo, campo abierto, auditorio de calle y plaza. Y aunque el señor Alcalá Zamora amaba las ciencias y hacia ellas quiso encaminar su vida, la voz le hizo abogado y, luego, hombre de democracias.

Frente a nosotros hay, ahora, una voz y una cabeza de rizos encanecidos y revueltos.

—Pues sí. Yo soy abogado por casualidad. Mi intención, mi deseo, era estudiar ciencias; pero las circunstancias me empujaron hacia el Derecho.

La luz tamizada, hace de la cabeza noble del ex ministro de la Guerra, una "foto" de "cine". Pone luces y sombras en la frente, en los pómulos, en los ojos, en la boca. Luces suaves, plateadas, sombras que se esfuman tenuamente y dejan la cabeza como un bronce magnífico.

—Estudié sólo en mi casa, sin profesores. Hasta llegar al doctorado no conocí compañeros ni catedráticos. Y en cambio, desde el bachillerato, fui profesor de muchos amigos.

—¿Así que todo se lo debe a sí mismo?

—Estudiaba, estudiaba...

—La familia, ¿intervenia en la política?

—Desde que hay Cortes, siempre ha habido un diputado en mi familia. Cuatro generaciones hasta ahora.

Habla, habla el señor Alcalá Zamora. Su palabra reposada, fluye perezosa y limpia, sin un titubeo, sin una rozadura, brillante, templada, iluminada, a veces, como un acero al sol.

Los brazos, las manos, fieles compañeros de sus palabras, no se resignan al descanso muelle del sillón, ni se deciden—sería inoportuno—a subrayar las frases. Por eso aletean tímidos, contenidos, llenos del impulso de los grandes momentos.

—A los diez y siete años fui abogado. A los veinticinco, diputado a Cortes.

—¿Con lucha?



He aquí una fotografía a la cual los acontecimientos políticos desarrollados en España han dotado de gran importancia histórica: representa al señor Alcalá Zamora pronunciando en el teatro Apolo, de Valencia, el día 13 de abril del pasado año, su trascendental discurso, en el que se declaró partidario de la República.

—Con ruda lucha contra los conservadores. Después fui director general a los treinta y dos años, luego, subsecretario, y, al cabo, ministro, a los cuarenta.

En el Consejo de Estado es donde hice mi preparación política.

—¿Qué más?

—Nada más. Yo no soy un hombre de anécdotas, y los juicios, los recuerdos que usted me quiere pedir, se quedan para mis memorias. Aún es pronto para que yo hable.

¿Cómo no? Insistimos, queriendo encontrar en su vida una anécdota pintoresca, algo que revele su temperamento o el ambiente en que se movía.

—Usted ha sido ministro de Fomento, ministro de la Guerra. No recuerda usted...

—Le contaré un caso que revela lo que era preciso hacer para que las leyes se cumplieran:

Siendo yo ministro de Fomento, tuve que hacer un viaje a los centros carboníferos y llegué a Puerto Llano un treinta y uno de diciembre, con una temperatura de varios grados bajo cero.

Con el cuello del gabán subido hasta las orejas, paseaba yo por el andén de la estación, cuando escuché las palabras de un rico minero que se burlaba de mis disposiciones:

—Yo no venderé a precio de tasa. Me exigen cien toneladas a cincuenta pesetas, cuando yo las puedo vender a doscientas y aún a trescientas. Ni que fuera uno el Bobo de Coria.

Entonces, me dí a conocer, y le dije al delegado del gobernador:

—Mañana, va usted, con el capitán de la Guardia civil, a casa de este señor, y si se resiste a entregar las cien toneladas, al precio de tasa, le impone una multa de cinco mil pesetas, y con ellas, le paga las cien toneladas, con lo que le resultarán gratis al Estado,

Al escuchar esto, el minero, se deshizo en cumplidos, y vino a explicarme como era para él un honor servir al Estado en todo lo que fuera preciso.

Y aquí la moraleja. Un país en el que hay que estar escuchando detrás de la puerta y apelar luego a la Guardia civil para cumplir las leyes, es un país que está perdido. ¿No le parece a usted?

—¿Qué recuerdos guarda de su paso por los Ministerios?

—Gratisimo. Me complazco en proclamarlo.

Y, sin dar lugar a nuevas preguntas, salta, de este tema, a otro.

—Yo he representado a mis distritos en la conmemoración de las dos batallas más importantes en la Historia de España. La de las Navas de Tolosa y la de Bailén.

—Y como orador...

—Como orador, amigo mío, he cultivado todos los géneros, desde la arenga al discurso parlamentario, sin olvidar la cátedra—fui catedrático auxiliar—ni la conferencia, ni el mitin. Todo, me-

nos la oratoria sagrada. Y dicen mis amigos del clero que es lástima que no pueda pronunciar un sermón.

Y si que lo es. Don Niceto Alcalá Zamora, en un púlpito, sería algo de asombro. Las bellas catedrales góticas, al recoger la voz de este orador, bajo las altas naves, sentirían pasar por los nervios de su arquitectura, una emoción lírica y antigua, que sólo podrían darles las voces veneradas de los apóstoles.

Y vamos con esta pregunta que ya no podemos aquietar, que pugna por salir de nuestros labios desde el principio de la entrevista.

—¿Qué efecto le ha producido verse ante el pueblo, hablar para que el pueblo escuche?

—Grande, enorme. Esas muchedumbres ávidas, esos millares de rostros que se apiñan para escuchar, ese saberse uno centro de infinitos ojos quietos, es algo que llega muy hondo. Ahora, que yo he sido un político de lucha, un hombre que ha logrado sus actas en franca y ruda oposición; que ya sabía del pueblo, que le conocía.

No, no ha sido para mí una novedad. La masa enorme, el aliento que ahora nos sostiene, sí; pero no es a mí sólo a quien emociona esta muchedumbre: es a todos. Porque hasta este momento, no había en España una expectación, un anhelo tan unánime y palpable, tan profundo y decidido. Yo siempre fui un inadactado en los otros par-

tidos. Siempre mantuve mi independencia y mi liberalismo. Pero es ahora cuando estoy a gusto.

¿Cuánto trabajo les ha costado a los brazos estarse quietos! Las manos, no pudiendo más, se han abierto, han alargado un índice, han ensayado palmadas sobre los brazos del sillón.

¿Que descansen o vuelen esas manos! ¿Que los

brazos llenen el espacio de sus signos elocuentes! Nosotros, encantados, vamos casi de puntillas hacia la puerta.

—¿Hasta la Presidencia?

—¡O hasta la cárcel!

Y el brazo no ha podido más y ha trazado una parábola en el viento.

.....
Ahí, en esa interrogación final, quedó la interviú hace unos meses. Los acontecimientos han fluído con tanta rapidez, que, a los pocos días, don Niceto Alcalá Zamora, ingresaba en la cárcel, en compañía de los demás firmantes del manifiesto revolucionario.

Ardió la hoguera de Jaca. El ciclo de Madrid sintió los motores de los aviones rebeldes. Toda España los estuvo escuchando.

Luego, unas descargas en Cilla. Después, unas descargas, menos nutridas en Huesca. Fluye, fluye la intensa vida española. Se hace posible el camino desde el alcázar a la cárcel. Todo se precipita, y, en la máxima tensión, se convocan las elecciones municipales. ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a decir el pueblo?

La celda está vacía. En las calles hay banderas tricolores, y en la presidencia de la República, don Niceto Alcalá Zamora, vuelve una página de la historia. — F. MARTÍNEZ-CORBALÁN.



El señor Alcalá Zamora en el momento de salir de la Cárcel Modelo, rodeado de entusiastas correligionarios, en virtud del fallo del Tribunal que juzgó a los firmantes del manifiesto republicano. (Fotos Benítez Cabaux.)



El ilustre orador, hoy presidente del Gobierno provisional republicano, hablando con nuestro compañero Martínez Corbalán.